

Con la aprobación, en 1952, del nuevo Plan de Estudios de la Facultad de Arquitectura, se produce una revolución que ha sido poco analizada desde la crítica. Se han aceptado sus enunciados ideológicos, dando por sentado que la enseñanza de la arquitectura mejoraría como consecuencia de redireccionar sus intereses sociales. Por la transitiva, se considera desde ese momento que los cambios sociales se pueden producir desde el cambio académico. Siempre se ha sostenido, desde cierta «plataforma 1952», que enfocarse en los contenidos genera en el estudiante un compromiso con la realidad que asegura su continuidad ética. Pero poco se ha analizado si el taller vertical —principal novedad didáctica— era la forma más adecuada para lograrlo.

También se ha aceptado, a la distancia, que la actual estructura de institutos y talleres —supuestamente definidos a partir de 1952— es la ideal para el cumplimiento de aquellos objetivos sociales. Después de 1964, cuando se produce una reacción crítica finalmente silenciada,<sup>1</sup> el Plan de Estudios de 1952 se instituye teóricamente como una palanca de transformación territorial y, por ende, social y política. Una herramienta para «organizar» la arquitectura, sustituyendo el concepto de «composición». La «organización» era ciertamente la clave de las revoluciones políticas, lo que identificaba a la Facultad de Arquitectura otra vez con las vanguardias.

Se conquista, con violencia hoy olvidada, un plan que enfatiza la relación con la sociedad, sobre todo con sus sectores más débiles, con las firmas de Alfredo Altamirano, Leopoldo Carlos Artucio, Carlos Gómez Gavazzo y la del Centro de Estudiantes de Arquitectura (CEDA), que reclama un protagonismo ciertamente bien ganado. Su «Exposición de motivos» fue un texto mitificado; es indudablemente un manifiesto político. Hay que recordar las luchas universitarias desde 1951, de las que el «plan del 52» puede leerse como un efecto, una batalla victoriosa de la revolución en marcha, cuya energía perdura en la dura pelea por su implementación durante 1953, y que culminaría con la conquista de la Ley Orgánica de la Universidad en 1958, coincidente en su orientación socializante.

En 1952 se diseña un plan de estudios «moderno» tanto en los sentidos productivo y moral del término como en su orientación estilística, en la línea de la modernidad internacional surgida de la segunda posguerra. Uno de los principales cambios curriculares es la unificación de las materias proyectuales en el taller vertical, que Gómez Gavazzo ya había propuesto, de hecho, en su tesis de 1943 para un concurso de profesor adjunto de proyectos,<sup>2</sup> dándole estatus de eje de la carrera. Si bien el taller es la principal actividad desde 1916, su centralidad funcional se instaura entonces, generando una corriente transversal entre las teorías, las historias y los cursos de anteproyecto. Todas tenían cinco cursos que debieron formar un entramado de alimentación mutua de conocimiento con el que se pretendía dar alimento a la rama central, la proyectual.

Desaparecen en el plan nuevo algunas asignaturas, como Filosofía del Arte, y se instaura un ciclo de cinco «Teorías de la Arquitectura», en las que se incluye la estética como un vector marginal dentro de un programa determinista y materialista. El primer capítulo de Teoría I es «La producción» y el segundo se llama «La producción artística», lo que establece un orden ineludiblemente subordinado; sigue con temas que vienen del programa anterior, fiel a la teoría de Julien Guadet.<sup>3</sup> En las páginas siguientes del plan se revela una fe, sorprendente por su carácter explícito, en la «Carta de Atenas», que parece ser una imposición del CEDA perceptible en las actas del Consejo del agitado abril de 1953.<sup>4</sup> Así, tanto Teoría II como Teoría III analizan fenómenos a diferentes escalas textualmente bajo la matriz CIAM: habitar, trabajar, cultivar (cuerpo y espíritu) y circular. Sigfried Giedion y Walter Gropius eran mencionados en el proemio del plan. Las dos últimas «teorías» redundan en temas ya tratados, aunque se nota el léxico de Gómez Gavazzo, que propone temas que desarrolla el resto de su vida.

La historia de la arquitectura, que se impartía antes de 1952 en dos cursos anuales de historia antigua (hasta la Edad Media) y moderna (del Renacimiento al XIX),<sup>5</sup> se amplía a cinco materias paralelas a las de Teoría. Historia II y III reproducen inercialmente las del

<sup>1</sup> Elena Mazzini y Mary Méndez, *Polémicas de arquitectura en el Uruguay del siglo XX* (Montevideo: Departamento de Publicaciones-Unidad de Comunicación de la Universidad de la República [UCUR], 2011). Ver el capítulo de Méndez dedicado a la discusión del plan de estudios en 1964.

<sup>2</sup> Carlos Gómez Gavazzo, *Concurso de oposición para proveer el cargo de Profesor Adjunto de proyectos de arquitectura 1º al 3º años*. Marzo 1943, IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección D-a, Carpeta 1.

<sup>3</sup> Julien Guadet, *Éléments et théorie de l'architecture* (Paris: Librairie de la Construction Moderne [4 volúmenes, 5ª edición], s/d, ca. 1909). Ejemplar de la biblioteca de Carlos Gómez Gavazzo.

<sup>4</sup> *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*. Sesión N° 574, del 21 de abril de 1953 y días sucesivos, declarada en sesión permanente.

<sup>5</sup> Juan Cardoso y Pena (Comp.), *Facultad de Arquitectura. Plan de estudios. Programas. Reglamento general (artículos que interesan a los alumnos)* (Montevideo: Universidad de la República Oriental del Uruguay, 1948).

plan anterior, en tanto que Historia I se propone —desde un enfoque textualmente culturalista— una introducción a la modernidad. Se nota discutido por lo escueto, y se lee entrelíneas algunos conceptos que está trabajando Lucchini.<sup>6</sup> Los dos últimos cursos proponen una metodología comparativa entre «procesos Histórico-Arquitectónicos», la IV enfatiza en los «problemas Americanos» y la última, la V, en comparar «un proceso Histórico Arquitectónico del pasado y el proceso de la nueva Arquitectura». La continuidad de Lucchini y Leopoldo Carlos Artucio, presente este último también en Teoría antes de 1952, explican esas superposiciones acumulativas. En resumen, se impone lo moderno pero no se renuncia ni a Auguste Choisy ni a Guadet, defendidos seguramente por los propios docentes reformadores, y se instaura una tradición de agregado de asignaturas. En cambio, en la rama de las teorías no se logra tal continuidad. La estructura de cinco Teorías de la Arquitectura se impuso al principio posibilitando los ascensos de los más jóvenes modernos, y el de Gómez Gavazzo, que se haría cargo de impartir las últimas dos. Esta abundancia teórica no prospera. La conflictividad que provoca con los talleres —ya identificados con tendencias divergentes— termina por diluir diplomáticamente cuatro de las cinco teorías, que terminan por aprobarse con el correspondiente curso de Anteproyecto. Con la digestión de las teorías en el taller se pone de manifiesto la persistencia de la vocación artesanal de la enseñanza de proyectos. La casi inevitable e insustituible relación del maestro con el aprendiz en la mesa, con los implementos de trabajo (papel, lápiz, maqueta), es el contrapeso empírico de la tendencia científica que se propone en el plan y que se organiza por medio del Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo. Gómez Gavazzo no supo ver la contradicción que él mismo había impuesto con la unificación de las asignaturas proyectuales, cuya concentración integralista fue largamente celebrada a lo largo de generaciones, pero que pertenecía a una tradición preiluminista. En el área tecnológica los cambios de contenidos no son tan radicales; aun así, se verifica una gran animosidad de los estudiantes contra algunos docentes, que genera conflictos en los que parece que la acumulación de fuerzas es el objetivo final.

### **La ardua construcción de una estructura con tendencia**

El pensamiento político y la orientación científica no se apoyaban solamente en el Plan de Estudios. Como veremos, el Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo toma la iniciativa heredada de Mauricio Cravotto y Américo Ricaldoni, y se potencia con la dirección de Gómez Gavazzo. El Instituto de Arqueología Americana se pone al día pragmáticamente en ese tiempo de transformaciones, y no tardan en aparecer los de Construcción y Diseño. Es necesario, sin embargo, ver en detalle su nacimiento, ya que son testimonios sorprendentes de una vida académica menos planificada que lo que su leyenda parece asegurar.

Los institutos de la facultad comienzan a generarse en el entorno de la aprobación del plan de estudios de 1937, del que poco se ha hablado a causa del protagonismo del «plan del 52». Los dos primeros (Urbanismo y Arqueología Americana, después de Historia de la Arquitectura) surgen en ese tiempo, mientras que los de Construcción y Diseño (este originalmente de Estética y Artes Plásticas), creados en torno a 1950, están asociados a los avatares del plan de 1952: al ambiente previo, el primero, o como efecto secundario de su implementación, el último de los institutos creados.

No debe pasar desapercibido que la presión modernizadora que promueve el plan de estudios de 1937 tiene lugar en el tenso ambiente del terrismo. En el paisaje político de la Facultad de Arquitectura anterior a la Segunda Guerra Mundial conviven dos corrientes: por un lado, una izquierda afín al socialismo, visiblemente representada por Leopoldo Carlos Agorio (decano justamente hasta 1934) y Leopoldo Carlos Artucio, y el vocal del recién estrenado Instituto de Urbanismo y años después su director, Carlos Gómez Gavazzo; y, por el otro lado, los seguidores del «marzismo»<sup>7</sup> terrista que, más allá de matices, tenía una base explícita en Alfredo Baldomir, los Acosta y Lara, Alfredo Campos, y un grupo bastante identificado con la dirigencia de la Sociedad de Arquitectos del Uruguay. Estos arquitectos, consecuentes con los llamados de Juan Antonio Scasso<sup>8</sup> en 1932 a comprometerse con la política, se involucran en altos cargos del gobierno nacional: Horacio Acosta y Lara fue intendente de Montevideo, varios fueron ministros y

---

<sup>6</sup> Aurelio Lucchini, *El concepto de arquitectura y su traducción a formas en el territorio que hoy pertenece a la República Oriental del Uruguay. Libro primero: modalidades historicistas. Libro segundo: modalidades renovadoras* (Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Arquitectura, Instituto de Historia de la Arquitectura, 1988).

<sup>7</sup> «Marzismo» se llamó a la ideología de Gabriel Terra, por el mes del golpe de Estado en marzo de 1933. De base fascista, apostaba a la modernización industrial de Uruguay. De más está mencionar el juego de palabras con «marxismo».

<sup>8</sup> Juan Antonio Scasso, «Urbanismo y Política», *Arquitectura*, N° 171, Montevideo, febrero 1932, 44.

Baldomir llegó a presidente.<sup>9</sup> En los años posteriores al fin de la guerra se suman al esquema político jóvenes de izquierda ahora definida geopolíticamente: pro y anti URSS, y una corriente latinoamericanista de emancipación que iría creciendo. La generación del 45 se hace presente.

Este esquema político subyace a las decisiones que se toman en el campo de la didáctica. Las pequeñas historias de cada instituto revelan a diversos niveles esta conciencia.

### **Pioneros: Instituto de Urbanismo**

La energía que se genera en el primer instituto, desde el primer momento y como primer espacio que reconoce la necesidad de la teoría en aquel campo empírico de la arquitectura, es fundamental para que se convierta en el principal. El Instituto de Urbanismo fue durante mucho tiempo el eje didáctico de la Facultad de Arquitectura. En él se construye una teoría del urbanismo como metarquitectura, en una continuidad escalar que la enseñanza del proyecto en los talleres verticales supuestamente asegura en la práctica. Para 1952 su campo es prácticamente todo: la teoría de la arquitectura y la planificación que, además, coquetea en sus bordes —es percibido claramente desde su creación— con el gobierno y la política.

En el primer número de la *Revista del Instituto de Urbanismo* se describen prolijamente los antecedentes, retrotrayéndolos al «Concurso de Avenidas» de 1912 y a la creación del curso de «Trazado de Ciudades y Arquitectura Paisajista» en 1918, que, en realidad, no se comenzaría a dictar hasta 1922. La afirmación de la idea de estudiar e investigar en cuestiones urbanísticas se marca en el primer Congreso Pan Americano de Arquitectos, de 1920, en Montevideo, en el que la delegación uruguaya es justamente la que expone estos temas,<sup>10</sup> mientras que la iniciativa concreta de la creación del instituto se la atribuye Armando Acosta y Lara como decano en 1934. El 2 de setiembre de 1936, «siendo las diez y ocho horas y cincuenta y dos minutos», Acosta y Lara «declara inauguradas sus actividades» en la sala de sesiones del Consejo Directivo. El 14 de agosto se había nombrado a Mauricio Cravotto como director y a Eugenio P. Baroffio, Raúl Lerena Acevedo, Carlos Gómez Gavazzo, Américo Ricaldoni, Juan A. Scasso y Julio Vilamajó como vocales del primer instituto de la Facultad de Arquitectura.<sup>11</sup>

El Instituto de Urbanismo se transforma en un espacio de control didáctico, y, en consecuencia, apetecible; no sólo es el generador de teorías y prácticas urbanísticas (y de la arquitectura a partir de 1951, cuando se transforma en el Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo), sino que se convierte virtualmente en un centro de mando de la facultad, según el esquema creado por Cravotto con los expedientes urbanos, base obligada para los trabajos en los talleres, y que continúa Gómez Gavazzo por veinte años. Una de las claves del «plan del 52» es justamente esta simbiosis entre talleres e instituto, en la que este genera los insumos inexcusables para el trabajo de los cursos de proyecto en todas las escalas. Sólo así se justifica la unión de la arquitectura con el urbanismo que el plan establece. Si se quiebra esta dependencia, los dos ámbitos pierden sentido: el instituto pierde relación con la enseñanza, y en los talleres se debilita el sentido de la reflexión urbanística.

El 27 de noviembre de 1952, a la vuelta de una beca, Mauricio Cravotto ofrece una conferencia<sup>12</sup> en la que se expresa claramente en contra del nuevo Plan de Estudios. Ante un esquema diseñado en sectores de *grille CIAM* más geométricos que racionales, Cravotto se exaspera:

Comprendemos el deseo de renovación, que es señal de vitalidad. Pero renovar no es desfigurar y menos es crear un tótem extraño y a veces foráneo, al cual se le prendan como ex votos, todas las ocurrencias, improvisaciones e imitaciones, para que su anónima apariencia de infalibilidad sea su rótulo, sin percatarnos que por tanto mímico adherido se puede convertir en un símbolo monstrenco [sic] que embiste en vez de tutelar.<sup>13</sup>

<sup>9</sup> Jacobo Vázquez Varela: ministro de Instrucción Pública; el general don Alfredo Campos: ministro de Defensa Nacional; Juan José de Arteaga: ministro de Obras Públicas. *Arquitectura*, N° 196, Montevideo, s/d 1938.

<sup>10</sup> Anónimo, presumiblemente Mauricio Cravotto: «La creación del Instituto de Urbanismo no es el fruto de una improvisación». *Revista del Instituto de Urbanismo*, N° 1, marzo 1937, 7-12.

<sup>11</sup> Reglamento General del Instituto de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura, *Revista del Instituto de Urbanismo*, N° 1, marzo 1937, 14-17.

<sup>12</sup> Mauricio Cravotto, «Exploración en una región arquitectural. Conferencia pronunciada en la Agrupación Universitaria por el Profesor Arquitecto Mauricio Cravotto, en el acto académico celebrado para conmemorar el Día del Arquitecto. 27 de Noviembre 1952». *Arquitectura*, N° 226, Montevideo, agosto 1953, 18-23.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

Es probable que el fundador del Instituto de Urbanismo albergue esperanzas de una posible negociación por un plan que reconociera el papel de «su» instituto —y su propio protagonismo— en la facultad. Todas sus presunciones son tímidas: en febrero de 1953 el CEDA promueve una huelga para evitar que Cravotto dicte su clase habitual, y este renuncia el 2 de marzo. Juan Antonio Scasso, subdirector del instituto, no lo acompaña en la renuncia y, poco tiempo después, Gómez Gavazzo asume la dirección, sustituyendo de forma interina a Scasso, que sustituía de forma interina a Cravotto desde 1951. La urgencia estaba marcada: después de un llamado a aspirantes que imprevistamente gana Scasso, el Consejo de la facultad nombra a Gómez Gavazzo en razón de la «oportunidad política» en la turbulenta sesión del 14 de julio de 1953, con el voto en contra del decano Lucchini.<sup>14</sup>

### La arquitectura en la historia: el Instituto de Historia de la Arquitectura

El 17 de mayo de 1938 se crea el Instituto de Arqueología Americana, que en diez años se transforma en el Instituto de Historia de la Arquitectura, en un episodio revelador de la confluencia de la cátedra y el instituto. Efectivamente, creado para el estudio de las supuestas bases de una cultura panamericanista, el instituto queda aprisionado en los debates que se daban desde al menos 1920 entre quienes abogaban por una orientación hacia el neocolonial y quienes, por el contrario, sostenían la artificialidad de esta «solución» y replicaban con la necesidad de operar obedeciendo a las leyes de la naturaleza, las técnicas y los materiales disponibles, así como a las necesidades humanas. Podemos personificar estas posiciones en, por un lado, el fundador del instituto, Juan Giuria, y, por otro, jóvenes renovadores como Rodolfo Amargós, íntimo amigo de Cravotto, y teóricos del arte como Román Berro, cuyas expresiones los retratan en su evolución a una teoría antihistoricista de la arquitectura.

Apenas en 1920, por ejemplo, el joven estudiante Amargós afirma:

Es pues de razón, que el camino que más directamente puede conducir a nuestros artistas a la concepción de tipos arquitectónicos propios para crearse una arquitectura nacional [...] [en Chile], y con menos espíritu arqueológico que nacional, comprensivo de las necesidades actuales que se derivan de nuestra vida moderna, agitada, dinámica, inestable, han comenzado esta obra de renovación de ese colonial tan difundido pero tan viejo ya [...].<sup>15</sup>

O en palabras de Román Berro en el Primer Congreso Pan Americano:

Al referirme a una arquitectura americana, no quiero decir que en todo el continente pueda llegar nunca a existir una arquitectura uniforme. La diversidad de pueblos y costumbres, la diferencia en los materiales de construcción, la variedad de climas, harán forzosamente que la arquitectura ofrezca caracteres distintos en cada una de las regiones del dilatado continente.<sup>16</sup>

El debate concluye de manera provisoria, tardía y pragmática. Después de diez años de fundado, el Instituto de Arqueología no tiene arqueólogos ni trabajos de meros aficionados a la arqueología. En un memorándum elevado al Consejo, Aurelio Lucchini plantea que «la razón que determina la creación de Institutos en las Facultades es asegurar el desarrollo de las materias en que aquellos se apoyan, lo que hace indispensable fundarlos sobre las asignaturas que forman su sustancia natural».<sup>17</sup> En el instituto las actividades más consistentes son sostenidas por la cátedra (se refiere a los profesores encargados de los dos cursos de historia que se impartían entonces), mientras que la supuesta actividad arqueológica que le da nombre no puede llevarse a cabo, ni tenía perspectiva de enseñarse en la facultad. Por lo tanto, el director del instituto sugiere la desvinculación de la cátedra y la posibilidad de reconducirlo a sus fines originales —la arqueología— contratando profesores extranjeros o enviando personal a prepararse al exterior. La comisión especial formada para informar a su vez al Consejo, integrada por Artucio, Muñoz del Campo y el propio Lucchini, toma el diagnóstico de este último pero, más sensatamente, recomienda la desaparición del Instituto de Arqueología, entendiendo que

<sup>14</sup> *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*. Sesión Nº 577.

<sup>15</sup> Rodolfo Amargós, «La arquitectura nacional en Chile». *Arquitectura*, Montevideo, 1921 (subrayado del autor).

<sup>16</sup> Román Berro, «¿Es posible la formación en una arquitectura americana?», *Arquitectura*, Montevideo, 1921.

<sup>17</sup> «Memorándum referente a la reorganización del Instituto de Arqueología Americana». Versión mimeografiada en archivo. Sin fecha, c. marzo de 1948. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-b, Carpeta 1.

las reales funciones del organismo considerado son las de un Instituto de Historia de la Arquitectura, destinado primordialmente a facilitar el desarrollo y dictado de la cátedra de Historia de la Arquitectura en la Facultad, y en forma secundaria a cuidar y fomentar la reunión de documentación de la Historia de la Arqueología Americana y Nacional, temas que integra el programa de dicha materia, quedando excluidas de sus actividades el fomento y desarrollo de la arqueología.<sup>18</sup>

El 6 de julio de 1948 el Consejo Directivo de la facultad aprueba el cambio de nombre a Instituto de Historia de la Arquitectura.

La historiografía uruguaya comienza formalmente con la aparición, en 1955, de *La arquitectura en el Uruguay*, de Juan Giuria, que describe los orígenes coloniales hasta el año 1900. Giuria tenía 75 años y su libro parece una publicación de homenaje, más que funcional al nuevo plan. Los continuadores de Giuria, en cambio, orientan la investigación hacia una revisión científica de temas vinculados con el origen y la evolución del territorio «nacional», en una deriva muy afín al espíritu del «plan del 52». Empiezan a publicarse a partir de 1959, en pequeños cuadernos, durante la dirección interina de Otilia Muras. A partir de 1962 el Instituto de Historia de la Arquitectura publica con regularidad los «Fascículos de información», cuyos contenidos se nutren mayormente con interpretaciones de la ocupación del territorio uruguayo y algunas incursiones ciertamente arqueológicas en sitios históricos, y también a documentar algo marginalmente otros tópicos historiográficos, como el debate entre Julio Vilamajó y Octavio de los Campos sobre el «Plan Regulador» de 1930. En general, el trabajo de este período se orienta a construir un catálogo de documentos para un posible trabajo posterior, incluso orientado a la reflexión urbanística. La historia de la arquitectura parece quedar a cargo de su director, Aurelio Lucchini, que opta también por un tono objetivo, intentando una aproximación científica a la historia.

### ¿Quién manda en la obra? El Instituto de la Construcción de Edificios

En abril de 1946, el consejero Luis Nunes presenta una propuesta para la creación del Instituto de la Construcción de Edificios. Los motivos están claramente definidos: hay que superar la fisura entre la preparación teórica y la práctica de obra, que «coloca, muchas veces, al nuevo arquitecto en una situación de dependencia de los capataces».<sup>19</sup> Siendo esta la primera de las argumentaciones, el corolario será traer materiales de construcción a la facultad para su manipuleo, así como las personas que, por su experiencia, puedan guiar a los estudiantes, fuera del horario de los teóricos. Complementariamente, se describen los buenos efectos que en la labor profesional haría la difusión y descripción de los nuevos materiales, más allá de imaginarse como un laboratorio de ensayos que ya había implementado la Facultad de Ingeniería, a la que se le pediría su colaboración en ocasiones. En octubre, una comisión informa positivamente y sugiere mejoras al modesto proyecto de Nunes, agregando un «Museo de formas y talleres para la enseñanza..., Laboratorios..., Oficina de estudios de mejoras e innovaciones» y un «Órgano de difusión».<sup>20</sup> Recomienda una amplia financiación de personal y recursos para adquirir insumos, que incluían un laboratorio fotográfico y de filmaciones. Sin embargo, en 1953 la situación descrita por Aurelio Lucchini y el estudiante Danilo López Pongibove en un informe solicitado por la Comisión Docente Supervisora presidida por Agorio es sumamente crítica. Las causas del mal funcionamiento detectado serían dos: por un lado, el instituto trabaja sin un reglamento y consecuentemente sin planes; por otro, los requerimientos presupuestales definidos en su aprobación habían sido severamente retaceados. Además, se observan algunos gastos fruto de la anarquía y de las orientaciones personales, como el laboratorio fotográfico, «cuya naturaleza no se advierte como típica del Instituto».<sup>21</sup>

Los informes internos, en realidad, traducen en palabras contenidas un enorme descontento de los estudiantes con muchos docentes de Construcción. De hecho, el CEDA venía sosteniendo una encarnizada lucha para evitar la continuidad de Juan Carlos Siri —que renunciaría después de ser confirmado en su cargo—<sup>22</sup> y tenía serios reparos con el director del instituto, Héctor Garderes; a ambos se los acusaba de sabotear el

<sup>18</sup> «Informe de la comisión especial sobre el Instituto de Arqueología Americana». Versión mimeografiada en archivo. Marzo de 1948. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-b, Carpeta 1.

<sup>19</sup> Copias carbónico, no hay original. Versión mimeografiada en archivo. Abril de 1946. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-c, Carpeta 1.

<sup>20</sup> «Informe sobre la creación del Instituto de la Construcción de Edificios. Aprobado por el Consejo Directivo en sesión del 15 de Octubre de 1946». IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-c, Carpeta 1.

<sup>21</sup> «Informe encargado por la Comisión Docente Supervisora», 15 de diciembre de 1953. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-c, Carpeta 1.

<sup>22</sup> *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*. Sesión N° 577, 15 de julio de 1953. La confirmación del cargo está en el «Orden del día», y su renuncia en «Asuntos entrados».

nuevo plan de estudios.<sup>23</sup> Como consecuencia de este proceso Garderes finalmente renuncia a la dirección del instituto, para ser sustituido provisionalmente por dos consejeros, Julio Sales y Ariel Orozco. A pesar de este comienzo vacilante, el Instituto de la Construcción de Edificios puede encauzar su actividad bajo la dirección de Hugo Rodríguez Juanotena y un equipo renovado al que se integrará el propio Danilo López. Asoma en las primeras publicaciones del instituto una fuerte línea de investigación estructural, en la que el nombre de la joven Felicia Gilboa ya se hace presente. El problema de los capataces mandones parece haberse olvidado.

### El cadáver del arte: el Instituto de Diseño

El Instituto de Estética y Artes Plásticas, después Instituto de Diseño, es la isla donde terminarían muchos de los docentes y las materias que desaparecieron en 1952: Composición Decorativa, Filosofía del Arte, el arte mismo: Dibujo de Ornato y Figura, Modelaje. El arte, sin duda, expresión de su propia decadencia, estaba siendo expulsado de la arquitectura. El primer documento del que disponemos es del 28 de diciembre de 1951, en el que se invita a Alberto Muñoz del Campo, Rubén Dufau y Leopoldo Carlos Artucio a formar parte de la comisión que organizaría el Instituto de Estética y Artes Plásticas. Su primer informe establece tres grupos de tareas: «grupo de estética», «grupo de la expresión» y «grupo de la composición decorativa».<sup>24</sup> Primer paso en falso: la estética ya no existe, la expresión es innecesaria y, sobre todo, la composición decorativa ya no puede ser composición ni, menos, decorativa. Apenas un mes después, el «grupo de la composición decorativa» es sustituido por una ambigua denominación: «Cursos auxiliares y afines a la actividad arquitectónica». En diciembre de 1952, el director interino Rubén Dufau eleva el primer informe de actividades del Instituto de Estética y Artes Plásticas, en el que detalla cada logro y cada dificultad: «[...] se carece de material y herramientas en absoluto, realizándose lo hecho con material suministrado por el Instituto de la Construcción, con sus herramientas, material de desecho y útiles con que concurren los alumnos».<sup>25</sup> Aun a pesar del clima enrarecido, las actividades son abundantes y el entusiasmo no decae. Dufau describe planes de cursos, exposiciones, conferencias sobre arte, organización de bibliografías, archivo, publicaciones («Está realizada la traducción de “Consideraciones sobre arte contemporáneo” del Arq. Lúcio Costa... en vistas a su edición por el Instituto»), vinculaciones con otras instituciones de arte, seminarios, asesorías. Se dictan cursos de especialización de tipo permanente («utilaje [sic], jardinería») y eventuales («escenografía, muestra, diseño industrial»); también se proponen cursos de «expresión» (fotografía) y actividades auxiliares («modelismo»)<sup>26</sup>. Ninguno de estos cursos posee valor curricular: no son necesarios para lograr el título de arquitecto. Son para aquellos que quieren especializarse, para egresados inquietos o legos. Esta falta de necesidad es reveladora de un método de depuración; funcionó para Filosofía del Arte<sup>27</sup> y para los docentes de Composición Decorativa, como Sierra Morató o De los Campos; también sería usado para suprimir materias y deshacerse de sus docentes por falta de demanda, como en las «Teorías de la Arquitectura» en los años sesenta.

La renuncia de José Pedro Sierra Morató, catedrático de Composición Decorativa, es elocuente de la situación y de los métodos. Sierra Morató era un veterano profesor de la facultad, convencido moderno que ha dejado ejemplos de buena arquitectura. En 1951 había estado de viaje usufructuando media beca de Perfeccionamiento Docente, compartida con Mauricio Cravotto. Ambos encontraron, a su regreso, la facultad convulsionada por el nuevo plan, además de un conflicto universitario que apenas se está apagando y cuyo fuego rebrota con facilidad. Su destino a la vuelta del viaje es encargarse de los «Cursos auxiliares y afines a la actividad arquitectónica»; sin embargo, no llega a dar una sola clase. El 18 de junio de 1953 eleva un informe de siete páginas redactado en tercera persona:

<sup>23</sup> Garderes ya había sido rechazado (de malos modos) como docente acompañante del primer grupo de estudiantes que viajó a Europa en 1947. *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*, Tomo VIII, sesión del 13 de mayo de 1947.

<sup>24</sup> Rubén Dufau, Leopoldo C. Artucio: «Informe del Instituto de Estética. Montevideo, marzo 7 de 1952». Artucio renunciaría el 4 de junio. Nota N° 321/952. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-i, Carpeta 1.

<sup>25</sup> Rubén Dufau: «Memoria actividades 1952». Nota N° 104/952. 30 de diciembre de 1952. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-i, Carpeta 1.

<sup>26</sup> Rubén Dufau: «Informe sobre los cursos y actividades englobados en los “Cursos auxiliares y afines a la actividad arquitectónica”. (Aprobado el 23/V/52, por la Comisión Coordinadora del Instituto de Estética y Artes Plásticas)». IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-i, Carpeta 1.

<sup>27</sup> Angélica Sangronis: «Estética en la educación superior uruguaya. El caso de la formación de arquitectos. Facultad de Arquitectura, Universidad de la República (1906-2010). Medio siglo de presencia, medio siglo de olvido». *Fermentario*, Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República URL: <http://www.fermentario.fhuce.edu.uy>.

El suscrito, Profesor Titular de Composición Decorativa y del Curso Superior de Composición [...] A su regreso de su viaje [...] fue informado por las autoridades de que, dada la puesta en marcha del nuevo Plan de Estudios [...] se le daría —él entendió como provisoriamente— un cometido dentro del Instituto de Estética a cuyas tareas de organización debería contribuir.<sup>28</sup>

El texto se acompaña de una serie de documentos, como el «Informe sobre los cursos y actividades de la sección «Cursos auxiliares y afines de la composición arquitectónica», de junio de 1952, subrayados con intensidad algunos pasajes con lápiz color carmesí. El contraste entre el tono mesurado del informe y el subrayado colérico revela un estado de ánimo pesimista, pero todavía esperanzado de encontrar alguna respuesta positiva al reclamo de un lugar en la facultad:

Tal es, la situación del suscrito y la situación de sus cátedras. No escapará al Sr. Interventor que, luego de más de veinte años de actuación, dictando clases, en permanente contacto con el alumnado y el taller, el habersele sustraído totalmente de esas tareas, entendiendo que debe y puede desempeñarlas, realmente le crea una situación, además de incómoda, profundamente injusta. En la seguridad de que el Sr. Interventor sabrá dar a este asunto la debida solución, lo saluda muy atte.<sup>29</sup>

El «Sr. Interventor» era Leopoldo Carlos Agorio, rector de la Universidad, que ejercía el breve gobierno provisorio en una Facultad de Arquitectura cuyos sucesivos decanos interinos y el Consejo Directivo en pleno habían renunciado a causa del conflicto por la implementación del plan.<sup>30</sup> No es el mejor ambiente para reivindicar la enseñanza de materias que no interesan; el 29 de julio presenta la renuncia, alegando haber comenzado sus trámites jubilatorios, redactada brevemente en primera persona. Recién había cumplido 55 años.

En noviembre de 1953 es nombrado el consejero Raúl Richero, director honorario del instituto, sin que haya constancia de la renuncia de Dufau.<sup>31</sup> En julio de 1954 Richero es sustituido por Jorge Galup, quien tiene un papel interesante en el mantenimiento de la presencia del arte en la facultad, gracias al Instituto de Estética y Artes Plásticas y su relación íntima con el superviviente Taller Torres García. En 1958, en el primer número de la *Revista de la Facultad de Arquitectura*<sup>32</sup> presenta la exposición de muralismo, uno de los objetivos de los planes de trabajo de 1952.

En 1959 el Instituto de Estética y Artes Plásticas adopta el nombre de Instituto de Diseño.

### Renuncias: menos arte y más política

La reforma oculta del «plan del 52» se manifiesta en efectos colaterales, como la expulsión de docentes veteranos pero influyentes que se resisten a las novedades: Mauricio Cravotto, José Pedro Sierra Morató y Octavio de los Campos, entre otros. Su desaparición del horizonte académico facilita los cambios de contenidos y tendencias, importantes en el caso de Cravotto, cuya renuncia permite correcciones de rumbos trascendentes tanto en el área urbanística como en el contexto general de la facultad. Sirven para ilustrar otros tópicos, como hemos visto en los casos de Cravotto y Sierra Morató. Sobre la novedad didáctica del taller vertical vale la pena leer un fragmento de la renuncia de Octavio de los Campos, también un arquitecto indiscutiblemente moderno. Al despedirse se expresa tajante contra la unificación de los cursos proyectuales:

Esta separación de cursos de ninguna manera puede traer confusiones en la mentalidad del estudiante, cuya capacidad se subestima, sino que por lo contrario, aclara conceptos, diversifica los ejercicios y metodiza el estudio. [...]

No estoy de acuerdo tampoco con la formación del taller único de arquitectura, ni en el sistema de aprobación de los trabajos de los estudiantes, considero que en esos puntos el sistema actual es inferior al antiguo.

<sup>28</sup> «Sierra Morató José P. Nota relacionada con el Inst. de Estética y su situación en el mismo». 24 de junio de 1953. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección A-a, Carpeta 38.

<sup>29</sup> *Ibidem*.

<sup>30</sup> *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*. Sesión Extraordinaria N° 237, del 10 de mayo de 1953.

<sup>31</sup> Rubén Dufau era consejero y asumiría como decano interino en la crisis de abril de 1953. Estaba concursando para un cargo de Profesor Titular de Proyectos y tenía a su cargo clases de arquitectura en la Facultad de Ingeniería. En octubre de 1953 renunciaría a su cargo de consejero por razones de un quiebre de salud por exceso de trabajo. Sesión N° 586, del 6 de octubre de 1953.

<sup>32</sup> Jorge Galup, «El Instituto de Estética y Artes Plásticas y la Exposición de Pintura Mural». *Revista de la Facultad de Arquitectura*, N° 1, Montevideo, diciembre 1958, 47-51.

[...] otras discrepancias [...] serían la nueva programación de los estudios de Historia, Urbanismo y la exclusión de Filosofía del Arte. [...]  
Ayer teníamos una Facultad si se quiere, con múltiples defectos pero indudablemente en el tono de un Instituto de Enseñanza Superior, libre de todas las voces: hoy tenemos una Escuela de Arquitectura que sólo quiere oír una voz. La libertad de enseñanza, no debe ser una palabra del Plan sino una realidad.<sup>33</sup>

El «plan del 52» enuncia ideológicamente la relación con la sociedad, pero en la interna de la facultad clausura el pensamiento teórico privilegiando la construcción de una doctrina, de matriz «ciamesca» primero, después sociológica, a manos del Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo. Como no puede ser de otra manera, la pretensión de construir esa teoría única se topa cruelmente con la frustración de toda la ambición planificadora en los manejos políticos de las crisis pendulares del país; justamente, del añorado mundo real.

### Lucchini pone orden

Las huelgas estudiantiles del comienzo de 1953 fuerzan al recambio de generación y de orientación ideológica en la Facultad de Arquitectura. Después de la sucesión de renunciadas de profesores, el CEDA apunta al mismísimo Consejo Directivo, en el que tiene una participación casi testimonial, un consejero que debía ser arquitecto. En esa primera parte del año es el recién recibido Carlos Reverdito, pero no durará en el cargo. De hecho, el objetivo se cumple y, como se ha relatado antes, el Consejo de la Facultad renuncia en pleno, el 10 de mayo de 1953, y es intervenido por la Universidad en la persona del rector, el también arquitecto Agorio, quien en dos sesiones convoca al nuevo Consejo para elegir al siguiente decano, Aurelio Lucchini.<sup>34</sup>

Lejos de continuar con la dinámica polémica de los consejos anteriores, Lucchini se aboca a organizar y poner en marcha la nueva facultad. Su personalidad metódica y aparentemente poco dada a sentimentalismos impregna de eficiencia al Consejo Directivo. A partir de la sesión que sigue al nombramiento del nuevo decano, las actas se publican fríamente mecanografiadas. Se había terminado el tiempo de la caligrafía primorosa de los secretarios.

En los años siguientes se abren varios frentes opositores en el campo académico y aparecen algunas críticas; la escisión de los talleres en dos corrientes —una más «funcional-racionalista» y la otra más «objetual»—, la propia atomización política interna y el claustro de 1964<sup>35</sup> son expresiones de una discusión que se apaga en octubre de 1973. Finalmente, el ataque a la academia a manos de la dictadura expulsa a la mayoría de los docentes. En ese momento la renuncia vuelve a ser un arma que tampoco logra desestabilizar al poder, sostenido por la fuerza bruta, y termina facilitando la desarticulación de la ideología de 1952 sin que los interventores pretendan siquiera reconstruir la ya arcaica noción de arte —incluyendo el arte urbano— desechada entonces. La coincidencia temporal de la «intervención» con el debate revisionista internacional termina minimizando la discusión y se produce un hiato teórico jamás reparado. La resistencia antimoderna de izquierda en la década del setenta no se comprende; por el contrario, es vista con desconfianza.<sup>36</sup> Progresismo y modernidad habían generado ya una alianza mitológica. El taller vertical jamás será discutido como la panacea para el aprendizaje de la arquitectura.

<sup>33</sup> Octavio de los Campos al decano interino Héctor Vera Salvo, 13 de marzo de 1953. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección A-a, Carpeta 22.

<sup>34</sup> *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*. Sesión Extraordinaria N° 238, del 20 de junio de 1953.

<sup>35</sup> Mary Méndez, cit.

<sup>36</sup> Emilio Nisivoccia, «Heraldos», en *La aldea feliz* (Montevideo: Facultad de Arquitectura, Universidad de la República, 2014), 198-211.